

Feminismo y multiculturalismo: una tensa relación¹

Una nueva conciencia de las coordenadas en las que habitamos incorpora las certezas de la globalización conjugadas en una singular dialéctica con las del pluralismo cultural y las distintas formas en que los códigos culturales se intersectan o chocan. En palabras de Uma Narayan², estas intersecciones o conflictos “dislocan” las culturas, lo que unido a las modulaciones de las demandas feministas de las mujeres del Tercer Mundo, hace que entre en crisis la pretensión universalizadora del feminismo occidental. Pero el asunto va mucho más allá. Abordaremos aquí algunas de las tensiones entre las visiones dominantes del feminismo occidental y las de las mujeres de otras culturas.

El diálogo entre E. Spelman y M. Lugones, representante del feminismo chicano, nos pone sobre aviso de las dificultades del diálogo intercultural asimétrico que las mujeres no blancas han sufrido en los EEUU. María Lugones³ tematiza la asimetría que distancia a las mujeres occidentales y a las provenientes de otras culturas. Ella habla como hispana y nos señala que el lenguaje que se impone al diálogo común obtura la propia expresión diferencial. Frente a los discursos feministas dominantes, las mujeres de otras procedencias culturales sienten una gran extrañeza. Todo el sustrato de supuestos compartidos por la pertenencia a lo occidental blanco queda descrito como un “texto” que no ha sido leído y que, no obstante, está en la base de la discusión. Hay que aprenderlo para entrar en ella, pero, al mismo tiempo, es infinito e inabarcable para la que viene “de fuera”. Por otra parte, los otros “textos” civilizatorios que informan las actitudes, palabras y expresiones de las “otras” son desconocidos para las que pertenecen a un contexto blanco. Y lo que es peor, no entran dentro de sus “asignaturas pendientes”. No es sorprendente, pues, que la temática de la alteridad y las diferencias –por ejemplo en la obra de I. Young– conjugada con la de la falta de

re-conocimiento –y su reverso que es el desprecio y la humillación– se convierta en el punto de toque de una teoría feminista enfrentada al desafío del multiculturalismo y a sus consecuencias ético-políticas.

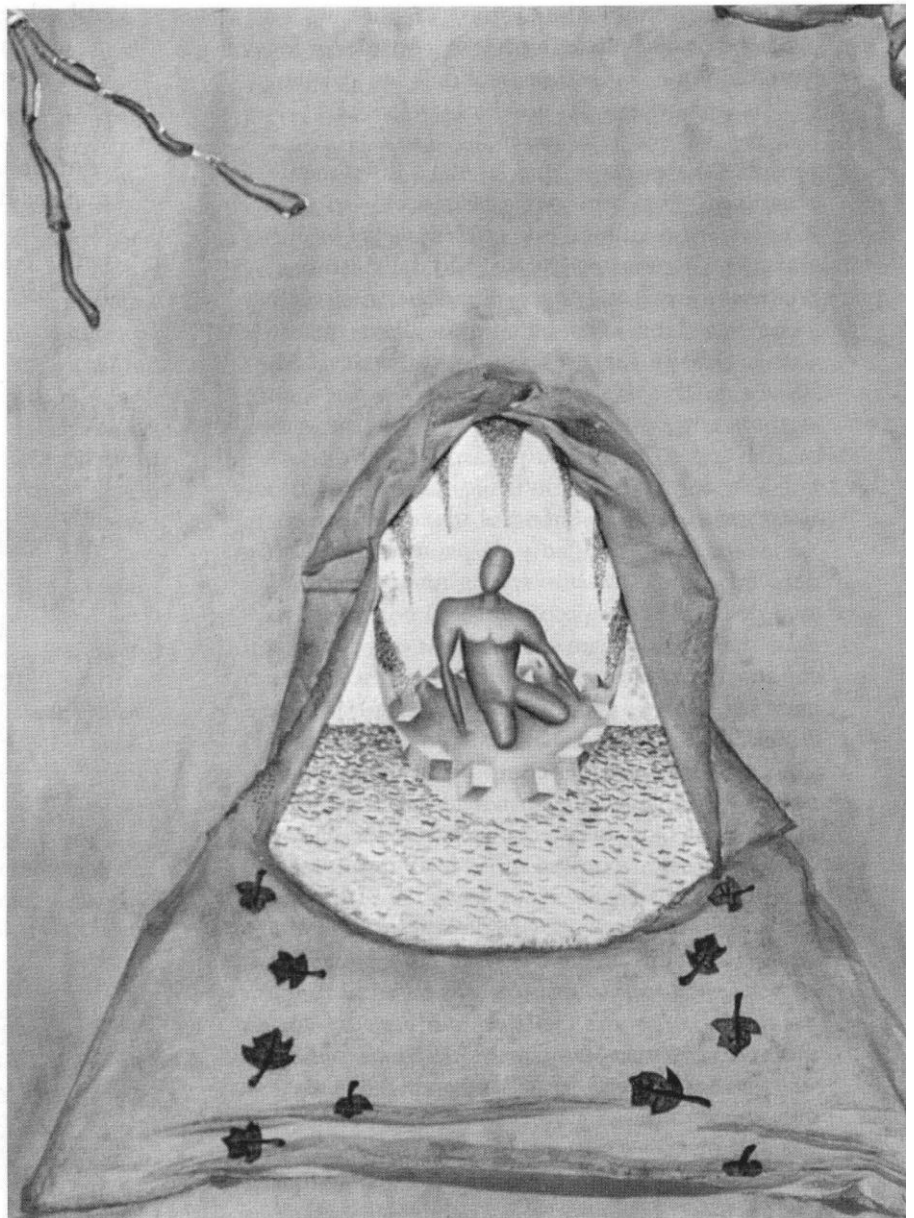
De entrada, refutemos dos prejuicios, el ya mentado del etnocentrismo, pero también, el que en una primera fase de la discusión se le ha opuesto, el prejuicio culturalista o el “esencialismo cultural”. La primera refutación exige eliminar cualquier asignación de privilegio a nuestra propia cultura, exige como precaución metódica poner entre paréntesis nuestras certezas y dogmas. En el terreno de las actitudes exige comprometerse con la modestia y la humildad y, por, de pronto, reconocer nuestra ignorancia acerca de los otros y las otras y estar dispuestos a escuchar y a aprender. Para el caso español esta prevención es especialmente necesaria porque, como advierte Juan Goystisolo, tendemos a vivir encerrados en nuestro caparazón –no destacamos en tener especialistas en las otras culturas, al parecer, el elenco de arabistas es mínimo– sin mostrar curiosidad por los otros y, sin embargo, nos dedicamos a magnificar las pequeñas diferencias y a profundizar en los localismos de todo tipo. Leer, aunque sea fragmentariamente, los textos de las otras culturas parece ser la base imprescindible si se quiere hablar de diálogo intercultural y no de imposición de significados a través de las coerciones económicas o mediáticas.

El prejuicio culturalista, por el contrario, pretende ser respetuoso con las otras culturas. De este modo, les asigna homogeneidad y fijeza y las describe como un todo bien articulado y cohesionado que habría que respetar sin cuestionar nada en absoluto, porque al no comprender sus claves estaríamos imponiendo nuestros arbitrarios puntos de vista. El relativismo cultural alude a culturas cerradas sobre sí mismas y es deudor de la vieja y estática comprensión antro-

pológica de las sociedades tradicionales. Si la sociología es la ciencia del cambio, la antropología necesitó fijar a los pueblos que estudiaba en su pasado y decretar su inmovilidad. No obstante, la realidad de este siglo veinte es la de la interacción entre culturas, la aculturación de numerosas comunidades, las hibridaciones y las conmociones generadas tanto por los colonialismos como por los neocolonialismos —económicos o mediáticos—. Nuestro siglo es también el siglo de las grandes migraciones causadas por guerras, desastres naturales, pobreza, etc. O sea que la interpenetración asimétrica —pero no siempre en una dirección, por ejemplo, los norteamericanos han sido colonizados culinariamente por los inmigrantes más recientes— entre las diversas culturas es un hecho que puede ser valorado, dependiendo de los casos, de muy diversas maneras.

Pero no sólo hablamos de “culturas dislocadas” por choque, intersección o asimilación, sino que la dinámica interna de esos enormes complejos que llamamos, por ejemplo, el mundo musulmán es descontada por el prejuicio culturalista. Toda cultura es plural y en ella residen y se dejan oír muchas voces. ¿No tendremos la licencia siquiera desde el no-intervencionismo elevado a dogma para simpatizar con unas voces más que con otras? ¿Tendremos que aceptar las tesis de las ortodoxias, cosa que nos negamos a hacer dentro de nuestra propia cultura, y silenciar las tesis de los disidentes? No parece muy justo. Es más, escudarse en un relativismo cultural sin paliativos que niega la posibilidad de tender puentes entre culturas es desde mi punto de vista otra versión de la indiferencia y superioridad etnocéntrica que antes actuaba por activa y ahora lo hace por pasiva. Esto nos lleva, por ejemplo, a concluir que no podemos confundir Islam con islamismo integrista⁵, una de sus interpretaciones, cuando se nos muestra dentro de la misma cultura posibilidades contrastadas, incluso mayoritarias, de entender esa misma cultura en sentido más tolerante, abierto, democrático e igualitario. ¿O es que no existe la obligación moral de detectar quiénes son las víctimas y quiénes los verdugos y que esa obligación reza para todos?

Desde el prisma de la solidaridad entre mujeres, se piensa que un feminismo global significa que las feministas en cada cultura deben reexaminar sus propios compromisos a la luz de las perspectivas producidas por las feministas en otras, de este modo, podremos reconocer algunos de los límites y prejuicios de nuestras propias creencias y asunciones. No obstante, este marco no evita las tensiones entre feminismo y multiculturalismo tal como nos advierte S. Moller Okin⁶. Entendiendo el multiculturalismo en el sentido de demanda de “derechos culturales” —su referencia es la *Ciudadanía multicultural* de Kymlicka—, Okin apunta hacia uno de los problemas que parecen sobrepasar el marco liberal de las sociedades contemporáneas: ¿tienen los grupos derechos? ¿no podrían entrar



Luis Palmero. Collage sobre chapa. 60 x 50 cm. 1977

estos en el caso de existir en conflicto con los derechos asignados a los individuos? ¿o simplemente son los primeros reductibles a los segundos?

El escollo que queremos señalar proviene de que tanto la sociedad que engloba las diferentes culturas minoritarias como estas mismas culturas están generizadas⁷. Si el reclamo de los derechos culturales se fundamenta en que los miembros de estas minorías sean reconocidos en sus diferencias, desarrollen un alto grado de autoestima y decidan qué tipo de vida quieren llevar, parece a primera vista contradictorio que esto se niegue a las mujeres que insertas en nuestra y otras culturas, sufren de falta de reconocimiento, baja autoestima y límites a su estilo de vida debido a coerciones culturales. La conclusión de Moller Okin es que el hecho de que podamos registrar pocas tensiones, aparentemente, entre multiculturalismo y feminismo se explica por qué no entramos a considerar los contenidos de las distintas culturas, en particular, las creencias y las prácticas relativas a las mujeres. El que éstas estén ligadas a la esfera privada es otra razón que las hace difícilmente accesibles. Por otra parte, el recelo ante el “imperialismo cultural” de las feministas ha hecho caer a algunas en el otro lado del abismo: el relativismo cultural que, paradójicamente, le viene muy bien a las elites masculinas que se autodesignan representantes culturales. M. Walzer en *Tratado sobre la tolerancia*⁸ reconoce, en sintonía con las tesis de Okin, que las “cuestiones del género” ofrecen, quizás la mayor dificultad a la convivencia multicultural. No es sólo que estas cuestiones sufran al tener que enfrentar las ideas de igualdad y de protección de los derechos humanos, sino que la misma transmisión de la cultura, su reproducción corre peligro si las mujeres ingresan a la par en la esfera pública abandonando la privada: “Estamos ante materias enormemente sensibles. La subordinación de las mujeres —manifiesta en el aislamiento, el ocultamiento del cuerpo o la mutilación— no tiene por objeto exclusivo la imposición de los derechos de propiedad patriarcales. Tiene que ver también con la reproducción cultural o religiosa, cuyos agentes más seguros se suponen que son las mujeres... La tradición se transmite en las canciones de cuna que cantan las madres, en los rezos que susurran, en las ropas que hacen, en la comida que elaboran y en las costumbres y los ritos familiares que enseñan. Una vez que las mujeres se incorporan a la esfera pública, ¿cómo va a producirse esa transmisión?”⁹

Walzer detecta certeramente que lo que está en juego es el control patriarcal de la repro-

ducción —“¿quién va a controlar los lugares de reproducción? El útero no es sino el primero de esos lugares; la casa y la escuela son los siguientes y..., están también en discusión”¹⁰—. De hecho, antes de que se pusiera de moda hablar de multiculturalismo, ya, en el feminismo, hablábamos de la naturaleza transcultural del patriarcado. La sensibilidad multicultural hacia las diferencias no tiene por qué anular la percepción de la discriminación de las mujeres en distintos marcos culturales. Señalar lo obvio, la dominación patriarcal, lo que muchas mujeres de esa cultura, también, señalan. Sumarnos a sus voces no puede ser entendido como “ofensa cultural imperialista”. La mejor estrategia en estos casos es preguntar directamente a las mujeres del Tercer Mundo, y lo que se va haciendo cada vez más claro es que sus demandas —poder sobrevivir, trabajar, acceder a la educación, tener control sobre su propia reproducción, tener libertad de movimientos, no sufrir violencias, etc.— son bastante parecidas a las nuestras. Beijing, el foro alternativo, en Septiembre de 1995 fue la prueba. La mala intelectualización de esta supuesta confrontación entre feminismo occidental y mujeres de otras culturas ha ocultado la existencia de muchas reivindicaciones comunes. La justicia y la solidaridad vertebran el proyecto de un feminismo global.

¹ Este texto es una reelaboración de una ponencia presentada en las “X Jornadas de Ética y Filosofía” en el Instituto de Filosofía del CSIC, Madrid.

² Uma Narayan, *Dislocating Cultures. Identities, Traditions, and Third World Feminism*. New York, Routledge, 1997.

³ M. C. Lugones y Elizabeth Spelman “Have We Got a Theory for You! Feminist Theory, Cultural Imperialism and the Demand for “The Woman’s Voice” en Nancy Tuana and Rosemarie Tong (Eds.), *Feminism & Philosophy*, pp. 444-507.

⁴ Javier Muguerza plantea esta cuestión al referirse a la posibilidad de un diálogo intercultural en “El puesto del hombre en la cosmópolis”, *Laguna, Revista de Filosofía*, Ex., 1999, p. 30. Se trataría de “apoyar moral y materialmente a los disidentes”.

⁵ Cf. P. Balta, “Los Islam(s)” en *El Islam*, Madrid, Salvat, 1996.

⁶ S. Moller Okin, “Feminism and Multiculturalism: Some Tensions” en *Ethics*, vol. 108, n° 4, July, 1998, pp. 661-684. Cf., también, de la misma autora, “Desigualdad de género y diferencias culturales” en C. Castells, *Perspectivas feministas en teoría política*, Barcelona, Paidós, 1996.

⁷ *Ibid.*, p. 664.

⁸ Barcelona, Paidós, 1998. Pp.72-79.

⁹ *Op. cit.*, p. 77-78.

¹⁰ *Ibid.*